

DESCOMPOSICION DE LA AGRICULTURA TRADICIONAL

Frente a la difusión de numerosos trabajos relacionados con la agricultura española de carácter meramente descriptivo —y por tanto muy limitados a la hora de interpretar o explicar los cambios que se han producido en los últimos años— han venido apareciendo algunos estudios y publicaciones que, abordando aspectos parciales o generales, desde la perspectiva del análisis estructural, han contribuido de forma decisiva a clarificar el proceso de crisis de la agricultura tradicional en los años sesenta: uno de estos estudios, el de Víctor Pérez Díaz —«Estructura social y exodo rural», Madrid, 1966—, que acaba de ser reeditado (Ariel), sigue siendo, sin duda, una obra importante en la explicación de la génesis y, en definitiva, del cambio de las estructuras rurales. De dicho trabajo ya nos hemos ocupado en diversas ocasiones, habiendo constituido un material de trabajo indispensable —junto a otras publicaciones, como los números de febrero y diciembre de 1965 de «Información Comercial Española», el número de marzo de 1967 de esta misma publicación, los estudios de Martínez Allier sobre la estabilidad del latifundio, los de J. Naranco sobre la crisis de la agricultura tradicional y la naturaleza del mercado capitalista, los de Julio Caro Baroja sobre antropología rural, las dos publicaciones más recientes de Theodore W. Schultz, o los restantes estudios del autor citado en primer lugar: «Emigración y cambio en la sociedad rural» y «Emigración y sociedad en la tierra de campos», publicados en el número 17 de la «Revista de Trabajo» y por el Instituto de Desarrollo Económico, respectivamente— en clases y seminarios para los alumnos de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Madrid.

Pero a todos estos trabajos ha venido a sumarse, hace algunos meses, una obra de indudable interés, de la que, por diversas circunstancias, no nos habíamos ocupado hasta la fecha. Se trata de un libro titulado «La evolución de la agricultura en España. Desarrollo capitalista y crisis de las formas de producción tradicionales» (Editorial Estela), de José Manuel Naredo, economista y estadístico, antiguo colaborador de TRIUNFO.

Ya en la introducción a este trabajo el profesor Naredo insiste sobre algunas cuestiones fundamentales y previas a la elaboración del mismo. Así, advierte al lector de cómo «una buena parte de los trabajos de estructura agraria vienen condicionados por influencias ideológicas que los empujan a justificar una serie de ideas preconcebidas que se han ido convirtiendo en tópicos cuyo contenido se aborda a la ligera». Entre otros, la burda y repetida asociación de estructura agraria con la composición por tamaños de las explotaciones, lo que, en definitiva, impone, al presentar los resultados del censo del 62 o

del Catastro, y basándose en criterios éticos, que los problemas estructurales que aquejan al sector agrario siguen siendo los mismos de antes. Poco importa —añade J. M. Naredo— que «en la reciente década de los sesenta abandonaran el campo más de un millón de personas activas y se produjera un proceso de mecanización hasta entonces desconocido». Muchos otros ejemplos —como la nueva orientación de la demanda, las alzas de salarios, etcétera, etcétera— podrían añadirse para la adecuada comprensión de un proceso que ha supuesto un giro radical de la problemática agrícola y, sobre todo, cambios estructurales de importancia, cuyo desconocimiento impide la formulación de propuestas que supongan un paso decisivo hacia adelante en la transformación de la sociedad actual. De ahí la proliferación de opciones y alternativas que, aún revistiéndose del socorrido disfraz de progresistas, no van más allá de una simple identificación con la solución republicana de 1932, ignorando que el contexto en donde las mismas habían de desenvolverse ha cambiado sensiblemente.

A estas premisas se adapta la reciente obra de J. M. Naredo. Pero, al mismo tiempo, tampoco se limita a una explicación general cuyas principales pautas son ya conocidas, sino que se complementa con un análisis —definitivo para la cuantificación del proceso— de la evolución de las técnicas de producción y de los costes de unas explotaciones —tipo durante el período 1953-1967—. Quizá, a este respecto, unas de las aportaciones de mayor interés sea el estudio realizado, en el capítulo III, de los excedentes de explotación como consecuencia de las variaciones experimentadas, por una parte, de los salarios, costes de producción y gastos, y, por otra, de los ingresos, según los diferentes grupos de cultivo (cereales de invierno, olivar, vid, leguminosas, forrajes, cereales de primavera, patata, algodón y frutales) y diversos grados de mecanización —1., 2. y 3.— considerados. Las principales conclusiones, a este respecto, en una difícil labor de síntesis, son las siguientes:

— El cultivo de cereales de invierno, con técnicas escasamente mecanizadas, se ha visto dificultado no sólo por el aumento del coste de la mano de obra, sino también por su escasez en las épocas de recolección debido a la desaparición progresiva de los trabajadores temporeros, dando paso a una caída sensible del excedente de explotación, de tal forma que la continuidad de estas explotaciones sólo es posible a los niveles superiores de mecanización —problema ligado también a la dimensión de las mismas—, que habrán de acentuarse en los próximos años. No en vano el aumento del coste salarial, por ejemplo, para el procedimiento menos mecanizado ha sido más de siete veces superior al correspondiente al tercer grado

de mecanización en secano y más de ocho en regadíos.

— En el olivar se observa una disminución creciente de los excedentes brutos que, en este caso, afecta a los tres niveles de mecanización considerados. El crecimiento de los precios no ha llegado a compensar, por las dificultades de mecanización de las labores y el fuerte peso de la mano de obra, el aumento de los costes. La tendencia regresiva de este cultivo, observada a todos los niveles, habrá de proseguir en los próximos años, dada la escasa elasticidad de la demanda de aceites y la gran variedad de aceites sustitutos, lo que supone una alteración del marco de la agricultura tradicional, donde este cultivo ha tenido siempre una importancia considerable, constituyendo, junto con la vid, un factor de integración de la agricultura en los comienzos de la industrialización. También ha contribuido a configurar aquellas relaciones económicas y sociales en función de las que se explican muchos de los aspectos más conflictivos de la sociedad tradicional.

— En el grupo del viñedo los excedentes brutos han sufrido un aumento moderado, a pesar de que el porcentaje de incremento de los precios ha sido casi el mismo para el vino que para el aceite. No obstante la dificultad de mecanizar ciertas labores en el cultivo de la vid, limita la posibilidad, a corto plazo, de los agricultores, para paliar, mediante la mecanización, los efectos de los aumentos de salarios que lógicamente, dada la naturaleza del proceso inflacionista, habrán de producirse también en los próximos años. Si a esto se une la baja elasticidad de la demanda respecto a las variaciones de la renta, se puede explicar cómo las elevaciones artificiales de los precios de sostenimiento llevan necesariamente a acumular excedentes que difícilmente podrá absorber el mercado.

— En el cultivo del algodón —que también constituye una pieza decisiva de la oferta de la agricultura tradicional— el empuje de los costes limitará su producción a aquellas explotaciones que por su dimensión y niveles de capitalización están en condiciones de utilizar la cosechadora. El empeoramiento registrado en la rentabilidad de este cultivo, tanto para el primero como para el segundo nivel de mecanización considerados en el trabajo, contrasta con los rendimientos suficientemente elevados —rentas diferenciales— obtenidos en las grandes explotaciones correspondientes al tercer grado de mecanización.

— Otros cultivos (forrajes, leguminosas para grano y frutales) presentan, sin embargo, perspectivas favorables de cara a los próximos años. Y ello por las siguientes razones: o ya bien cuentan con una demanda expansiva de alta elasticidad respecto a la renta, o ya bien con un peso relativamente menos

importante de la mano de obra en el conjunto de los costos totales.

Pero, ¿cuáles son, en resumen, los factores que han hecho posible esta transformación? ¿Qué variables dentro del sistema han roto el equilibrio tradicional que caracteriza a la agricultura española durante tantos años? La obra de J. M. Naredo responde también con acierto a esta cuestión: el elemento motor de esta crisis es el considerable aumento —a instancias del desarrollo industrial— de la emigración interior y exterior —los tres millones de jornaleros eventuales existentes en 1930 quedan reducidos a menos de uno en 1969—, lo que posibilita, a su vez, una elevación de salarios agrícolas en la década de los años sesenta. Con ello desaparece uno de los presupuestos en los que se basa la estructura de la sociedad agraria tradicional. En palabras de V. Pérez Díaz, «La emigración trastorna las condiciones del mercado de trabajo en la agricultura, produce la escasez de la mano de obra asalariada y la elevación de sus exigencias. La sustitución de trabajo por capital, la mecanización de la agricultura y el proceso de concentración de la tierra, por una y otra vía, y a uno u otro ritmo, constituyen, a partir de aquí, acontecimientos obligados. Y que no vienen solos. Pues la capitalización de la agricultura (urgida por la emigración rural, urgencia reforzada más tarde por la presión de la demanda de productos agrarios) supone, a su vez, cambios muy importantes en la forma de organizar la explotación, de relacionarse con el mercado exterior, de expresar y concebir su actividad económica, repercutiendo igualmente en el sistema de enseñanza de la profesión agrícola e indirectamente en la organización familiar».

Otra modificación sensible, aunque menos estudiada en este trabajo, son los cambios y alteraciones que se producen, también en los años sesenta, en la estructura y configuración de la demanda de productos agrícolas. La caída de los índices de elasticidad respecto a la renta de muchos productos —precisamente los que constituyen la base de la oferta de la agricultura tradicional— y las tendencias contrarias observadas en relación con productos propios de una agricultura avanzada van a incidir en la descomposición de un sistema cuya continuidad, puesta en entredicho por la propia expansión del mercado, ha sido, sin embargo, defendida a ultranza por una política agrícola que, escudándose en la defensa apasionada de la pequeña propiedad familiar, ha contribuido a la obtención de importantes rentas diferenciales —cuya cuantificación ya puede efectuarse a partir del trabajo de J. M. Naredo— en las grandes explotaciones, dado que las diferencias en productividad y rendimiento con las primeras se han visto agravados considerablemente en los últimos años. ■ ARTURO LOPEZ MUÑOZ.